

# Jesús (II)

Cuando el dolor nos invade, sentimos como un empequeñecimiento de la mente, pero no es verdad. Lo que pasa es que el dolor nos ha mordido, anulando en cierta manera nuestras posibilidades psíquicas. Ya sólo vivimos para el dolor, que nos sumerge en un mundo de preguntas sin respuestas, de renunciadas y de dudas. Pero todavía cabe la felicidad del dolor, que han sentido los santos y algunos hombres de espíritu privilegiado. Es cuando el alma parece que se desprende del cuerpo para volar a regiones más puras.

Después de este preámbulo sobre el dolor, moral o psíquico, volvemos a encontrarnos con Jesús en el huerto de los olivos, donde le dejamos en nuestro anterior artículo, en el que nos habíamos referido a la soledad del hombre ante el dolor y ante la vida. Jesús estaba sufriendo en el espíritu, que es en resumidas cuentas, el dolor que invade al hombre sin dejar un resquicio donde el dolor no se haya aposentado. Es un dolor sin dolor, y esto que parece una paradoja, es un estado de desaliento por algo que es superior a nosotros. En Jesús este dolor no es superior al Hombre-Dios, pero hemos apuntado que Jesús estaba sufriendo como hombre y que el Hijo de Dios no iba a hacer acto de presencia en la Pasión. En el caso hipotético de que la Divinidad de Jesús se hubiera manifestado, anulando las potencias del mal, dejaría sin responsabilidad a todos los que intervinieron en la semana de Pasión, en virtud de este concepto de libertad del hombre, al que me he referido en más de una ocasión.

Jesús, bajo el olivo, arrodillado, junto a la piedra en la que apoyaba su cabeza, sufría mientras oía el ruido de las pisadas de la turba, que en cierto modo llegaba despacio y silenciosa para sorprender al Reo. "Yo soy", dijo en respuesta a una pregunta que le hicieron. Y un beso de Judas, desató el drama.

La redención había comenzado,

—aunque todo en la vida de Jesús es redención— la que daría vida al hombre nuevo, liberándole de sus errores. Pero volvamos por un momento al pasado. La redención se hizo misterio en María, cuando dijo: "Hágase en mí según tu palabra". Ahí comenzó la salvación del hombre.

No voy a seguir todos los momentos que vivió Jesús preso hasta su muerte en la cruz, pues eso daría para muchos artículos, —miles de libros se han escrito sobre esto— sino desentrañar de una manera sucinta y con arreglo a mis limitaciones, diversos momentos cruciales de la Pasión hasta la muerte en la cruz.

Ni Herodes, ni Pilatos, requieren mi atención, aunque de uno de ellos nació la idea de la flagelación. Y es aquí donde Jesús, desnudo o casi desnudo, atado a una argolla, sufre los primeros latigazos, donde su espalda va a quedar destrozada y donde va a ser coronado de espinas como corresponde a un rey.

A su sangre se había unido la burla. En su cuerpo, desnudo, los salivazos se habían sumado a la vergüenza de todo ser humano que es mostrado a los demás como trofeo de guerra.

Y esto nos lleva a una meditación: el dolor es una senda para llegar a Dios, pero Él no quiere que este camino sea fácil, para que el obstáculo, preconizado en el dolor y la enfermedad, por las trabas del cuerpo y el espíritu, se fortalezca nuestra fe. Si todo fuera tan fácil como esa poesía que podemos asignar a todo lo que nos rodea, incluido el pecado, la Pasión de Jesús no tendría significado en cuanto que hay una desproporción entre lo que se da y lo que se recibe de Dios entre lo que Dios nos tiene reservado y lo que el hombre hace para conseguirlo. Y es aquí donde la Pasión de Jesús viene a complementar las carencias del hombre, de su vida espiritual, de su compromiso con la fe. Al final del camino está lo que Jesús ha prometido tantas veces y que se puede comprar, —perdonenme

la palabra— con una moneda al alcance de todos los hombres: el amor. Y es por el amor que nos salvaremos a través de la caridad. Y nacerá el hombre nuevo, edificado, por lo general, con materiales de derribo.

Hay tres momentos claves en la Pasión de Jesús, —según mi manera de ver las cosas— que son, en relación con el tema que estamos tratando, que es el dolor, la Flagelación, la calle de la Amargura y la Muerte en la Cruz, aunque estos tres estados físicos se encuentran enlazados, sin que se rompa en ningún momento el nexo que los une. En la Flagelación los primeros latigazos más dolorosos, precisamente por ser los primeros y sobre todo su desnudez ante el público vociferante que se burlaba de Él, uniendo a los azotes el escarnio. En la calle de la Amargura, agotado, que no puede cargar con la cruz y que cae una y otra vez, como un símbolo de las caídas del hombre. Y en una esquina su Madre, sola también en su dolor. Y el dolor del hijo y de la madre, que se encuentran en una mirada que había sido anunciado cientos de años antes.

Y en la cruz, rota la tarde por el primer martillazo que resuena por todas las oquedades del Gólgota. Y el cuerpo flagelado, la mirada vidriosa, el dolor llevado a los límites de la resistencia humana. Y la Muerte.

Con la muerte Jesús recobra esa dignidad humana que el mundo le había arrebatado. Suspendido por el peso de su cuerpo, presenta esa majestad del Hombre, que se ha ido, al fin, por los caminos de la muerte.

## SONETO

Por qué morir, Señor, por qué moriste  
de justo redentor de tantas vidas,  
por qué morir, Señor, si tus heridas  
ya me dan a entender que me quisiste.

Por qué morir, Señor, sediento y triste  
con heridas de amor tu cuerpo lleno,  
por qué tanto dolor, tanto veneno  
para hacerme saber que me perdiste.

Por qué morir, Señor, si mi pecado,  
pagado con tu cruz y con tu muerte,  
no ha sido de mi vida desterrado.

Por qué morir del hombre despreciado  
¡Oh mi dulce Señor, mi Jesús fuerte  
muerto por mí, por mí crucificado!